

lítica exterior se equivocó también al aceptar la alianza protestante, trazando de antemano el plan que veremos ejecutar por Richelieu.

CAPÍTULO XXXVI.

ESTADO DE EUROPA EN 1610.

Al morir Enrique IV, en 1610, la Reforma había dividido á Europa en dos grandes fracciones políticas: católicos y protestantes. La casa de Austria de hallaba al frente de los católicos, siendo poseedora del imperio de Alemania y dueña de España, Portugal y parte de Italia; pero sus adversarios constituían grupo numeroso, pues entre ellos hay que incluir á Inglaterra y Escocia, las Provincias Unidas, los reinos del Norte y los Estados secundarios de Alemania. Francia había permanecido en el catolicismo; mas, Enrique IV, que veía con disgusto la dominación de la casa de Austria, había resuelto unirse con las naciones protestantes, para lograr la preponderancia en Europa.

Estado de Francia. — Los proyectos en Enrique IV, que fueron continuados y ejecutados por Richelieu, lanzaban á Francia por caminos opuestos á su política tradicional. La hija primogénita de la Iglesia, que siempre había puesto su espada al servicio de la fe católica, iba á colocarse enfrente del sumo Pontífice, ayudando á los protestantes de todos los países en su lucha con la casa de Austria, y eso por el único deseo de humillar á una potencia rival. Se logró lo que se deseaba; pero á la vez que Francia adquiría la preponderancia bajo Luis XIV, falseó su misión en Europa y se creó dificultades que de entonces acá no han hecho más que aumentar, y de las cuales no ha salido todavía.

Reparando los males causados por la guerra civil, devolviéndole por el tratado de Vervins lo que perdiera por el de Cateau-Cambresis, fomentando el comercio, la industria y la agricultura, restableciendo el orden en la hacienda, organizando administración inteligente y cuerda, y reformando el ejército, Enrique IV había dado gran fuerza y poder á su nación, cosas que permitirán á sus sucesores ser árbitros de Europa. Si en vez de aliarse con los turcos y los protectores del protestantismo, hubiesen seguido contrario camino, no se

sabe hasta qué punto hubiese llegado la gloria de Francia. Por desgracia, se buscaron alianzas en el opuesto campo, y se patrocinó el error en vez de defender la verdad.

De Inglaterra. — En Inglaterra, Isabel había muerto en 1603, heredando el trono Jacobo VI de Escocia, hijo de María Estuardo, y que en la historia británica recibe el nombre de Jacobo I. « Ese príncipe teólogo, que era hostil á los presbiterianos y á los católicos, no tenía contra los españoles el odio de Isabel, y en 1604 celebró con la corte de Madrid un tratado de comercio. Pero Enrique IV había sabido separarlo de España para unirlo íntimamente con Francia. Por lo demás, no era posible tener gran confianza en el espíritu flotante de ese soberano, tan débil como incapaz. Mas, Enrique IV estaba persuadido de que, en una guerra contra la casa de Austria, tendría de su parte las simpatías de Inglaterra, que tan hostil se mostrara á las pretensiones de Felipe II.

De las Provincias Unidas. — Las Provincias Unidas no podían menos de aliarse con Francia contra España. Al cabo de cuarenta años de lucha, la república acababa de obtener una tregua de 12 (1609), que le permitía tomar en adelante puesto entre las naciones europeas. El autor de esa tregua había sido Enrique IV, y las negociaciones para obtenerla, empezadas bajo sus auspicios, fueron felizmente terminadas por la habilidad del presidente Jeannin. La república holandesa tenía ya establecidas las bases de su desarrollo colonial. En efecto fundó su compañía de las Indias en 1602, se estableció en Java, en las islas de la Sonda, y en Timor, mientras la llegada la hora de penetrar en el Japón. Sus atrevidos marinos reconocieron en 1606 las costas de Australia septentrional, que llamaron Nueva Holanda, y sus mercaderes organizaron establecimientos en la América del Norte. Era una potencia marítima en pleno desarrollo, que iba á apoderarse del imperio colonial portugués.

De España. — España, contra la cual se dirigían todos los esfuerzos, estaba muy debilitada. Felipe II había fracasado en todas partes, al continuar la realización de los proyectos de dominación universal con-

cebidos or Carlos V. Fracasó en los Países Bajos, á los cuales no pudo impedir que se hicieran independientes; fracasó en Inglaterra, contra la que fue inútil el envío de la *Armada invencible*; y fracasó en Francia, cuyas disensiones intestinas tratara de aprovechar. El tratado de Vervins había cerrado para siempre Francia á los españoles. Habiendo muerto ese rey en 1598, dejó á su hijo, Felipe III, un reino casi exhausto. El nuevo príncipe, incapaz de gobernar personalmente, dejaba amplia libertad al duque de Lerma, su primer ministro, cuyas larguezas contrastaban con la miseria general de la nación. Acababa de firmar la tregua de doce años con Holanda, cuando al siguiente (1610) expulsó de España á los moriscos. Esos infieles se habían puesto de acuerdo con los sultanes de Fez y de Marruecos para excitar una insurrección. El duque de Lerma los arrojó del reino, á pesar de las observaciones de Paulo V. Sólo el reino de Valencia perdió más de ciento cuarenta mil habitantes; las poblaciones de Cataluña quedaron sin las tres cuartas partes de sus moradores, y las montañas de Sierra Morena se convirtieron en desiertos. La mayor parte de los emigrados perecieron de hambre y de miseria; eso fué lo que hizo decir á Richelieu que tal destierro constituye la medida más osada y bárbara de que hace mención la historia. Portugal formaba entonces parte de España, pues Felipe II la conquistó en 1581. El Nuevo Mundo seguía mandando á España su plata y su oro. El imperio colonial castellano comprendía en sus límites Méjico y el Perú, toda la América central y meridional. A pesar de tan inmensos recursos, las arcas del Estado se hallaban vacías, siendo necesario recurrir á impuestos muy duros para atender á las cosas de primero necesidad.

De Italia. — Italia estaba muy dividida. España poseía en ella Nápoles, Sicilia, Cerdeña y el Milanesado. En el reino de las Dos Sicilias, aprovechando las divisiones que existían entre los nobles, unos angevinos y otros aragoneses, lograron los gobiernos de Madrid debilitarlos y hacer absoluto su poder. Pero ese país estaba, como España, exhausto de fuerzas, y su ayuda en un conflicto europeo no podía ser muy eficaz.

El Milanesado era para los españoles una posición completamente excepcional, pues los ponía en comunicación con los suizos y alemanes y aseguraba su preponderancia en Italia. Francia les había disputado siempre por ese motivo dicha provincia, y en ella estaban los castellanos tan poco firmes que debían ocuparla militarmente, respetando sus inmunidades y privilegios.

En el centro de Italia sólo se hallaban organizados pequeños Estados, como los ducados de Parma y de Plasencia, de Mantua, de Ferrara, de Módena y de Reggio. Enrique IV jactó mucho la vanidad de esos principillos, logrando, á fuerza de favores, que se separaran de la casa de Austria. Enrique contrajo matrimonio con María de Médicis, captándose así la amistad del gran duque, que tenía en Florencia poder absoluto.

La república de Génova carecía ya de importancia, pero Venecia, por más que estaba debilitada, conservaba aún algo de su prestigio. Ésta había sido la primera en reconocer á Enrique IV, en la época de su advenimiento, y ese príncipe pidió que lo inscribiesen en el *Libro de oro* de los ciudadanos de la República. Además, habiendo ocurrido un conflicto entre Paulo V y los venecianos, intervino amistosamente y logró poner de acuerdo á las dos partes. El negociado de ese convenio fué el cardenal de Joyeuse.

En 1601, Enrique IV había arrancado á la casa de Saboya, por el tratado de Lyon, la Bresse, el Bugey, el valle de Romey y el país de Gex; pero le cedió el marquesado de Saluces. Mas, el duque, que esperaba lograr una porción del Milanesado y del Montferrat en el reparto de la casa de Austria, casó á su hijo mayor con Isabel, hija de Enrique IV, y concluyó con Francia una alianza ofensiva y defensiva contra los españoles.

Del Papado. — El papado brillaba entonces con vivos resplandores. Después de sufrir mucho, por efecto del saco de Roma que llevaron á cabo las bandas fanatizadas del luterano Fronderberg, tuvo por representante al célebre Paulo III, que introdujo en el Sacro Colegio á los Contarini, los Caraffa y los Sado-

let, es decir, los hombres más sabios y virtuosos de su siglo, y que ordenó la convocación del concilio de Trento, cuya apertura se hizo en 15 de marzo de 1545. Reformó además la Cámara apostólica, la Rota, la Cancillería y la Penitenciaria; á ese pontífice siguieron otros dotados de verdadero genio. Fueron esos Pío IV, que gobernó á la Iglesia ayudado por la ciencia y virtud de San Carlos Borromeo; San Pío V, el vencedor de Lepanto; Gregorio XIII, reformador del calendario; y Sixto V, cuyas grandes dotes no necesitan ser elogiadas. El siglo XVI terminó con el pontificado de Clemente VIII, quien tuvo á su lado al historiador de la Iglesia, el inmortal Baronio, y al teólogo Bellarmino, autor del libro *De potestate summi Pontificis*, en el cual se enseñaban á toda Europa las prerrogativas de la Santa Sede, apoyando todas sus proposiciones en la certeza de incontestable saber. Paulo V, de la familia Borghesi, promulgaba las mismas doctrinas en la bula *In cenâ Domini*, precisamente el año mismo del asesinato de Enrique IV. En esos documentos existía la verdadera luz, y la verdad se revelaba autorizada-mente á todas las naciones. Hubiera sido de desear que marchasen guiadas por esa antorcha resplandeciente, en vez de extraviarse por el dédalo tenebroso y las vueltas y revueltas de la astucia y de la política moderna.

De Alemania. — El protestantismo dividió la Alemania en dos campos: los católicos y los protestantes. Los príncipes que se habían separado de la Iglesia lo hicieron, según todos lo confesaban, mucho menos porque las tesis y declamaciones de Lutero los convenciesen, que por el deseo de apoderarse de las riquezas y beneficios eclesiásticos. La Iglesia poseía en Alemania, antes de la reforma, la tercera parte del suelo. Los arzobispados de Magdeburgo y de Bohemia, los obispados de Moravia, de Verden, de Lubeck, de Halberstadt y multitud de grandes abadías se secularizaron, y habiéndose casado sus titulares, se convirtieron en poseedores hereditarios de todos esos bienes. La paz de Augsburgo había estipulado que en lo futuro el que entrase en el partido protestante, lo haría renunciando á los beneficios eclesiásticos de que estaba investido. Á

eso fué á lo que se dió el nombre de *reservas eclesiásticas*. Pero dicha cláusula era violada constantemente á pesar de ser tan justa. Habiéndola hecho observar el sumo Pontífice, con ocasión de haberse separado del catolicismo el arzobispo de Colonia, pretendiendo no obstante continuar siendo elector y hacer de los dominios de su diócesis patrimonio de familia (1584), los protestantes reclamaron contra la tiranía católica y sostuvieron que su libertad religiosa se hallaba en peligro. Así fué que formaron entre sí ligas diversas en 1594, 1598 y 1600, y el landgrave de Hesse, Mauricio el Sabio, fué enviado á Francia para hacer presente á Enrique IV la situación de Alemania. El rey de Francia, que veía en esos reformados auxiliares contra la casa de Austria, á la cual deseaba abatir, envió á Bongars, hábil diplomático, para que se pusiese de acuerdo con ellos, agrupando todos los pequeños Estados descontentos, de modo que constituyesen un haz poderoso de fuerzas, que Enrique se proponía utilizar en la guerra que meditaba. Así se llegó á formar una liga temible, llamada *Unión evangélica*, cuyo jefe fué el Elector Palatino (1608). Habiendo muerto al año siguiente (1609) sin descendencia, el duque de Cleves, de Juliers, de Berg, conde de la Mark y de Raveinstein, se disputaron su herencia el conde palatino de Newbourg y el elector de Brandeburgo. El primero estaba sostenido por los católicos, y por los protestantes el segundo. Estos últimos se reunieron en Hall (Suavia) y renovaron su unión. Enrique IV se adhirió al convenio de Hall, y ya habían empezado las hostilidades cuando Ravaillac lo asesinó. Esa catástrofe obligó á la *Unión* á renunciar á sus designios. La guerra de Treinte años se aplazó por espacio de ocho (1618), pero eso sólo debía contribuir á hacerla más terrible.

De la casa de Austria. — Después de la abdicación de Carlos V, la casa de Austria se halló empequeñecida, dejando que España dirigiese la política interior de Europa. Los sucesores inmediatos de Carlos V, Fernando I y Maximiliano II habían afectado en Alemania clemencia religiosa de que no tardaron en abusar los protestantes. La tolerancia de Maximiliano llegó hasta el indiferentismo, y así pudieron exten-

derse las nuevas doctrina, sin que nadie les pusiera obstáculo, por el alta y la baja Austria, y cuando los duques de Baviera le cedieron el condado de Glatz, nobleza, funcionarios públicos y gran parte del pueblo abrazaron la confesión evangélica.

Rodolfo II, su heredero (1576), era muy afecto al catolicismo, pero poseía carácter muy original, y gustaba más de ocuparse en la astronomía, las matemáticas y la alquimia con los hombres de ciencia, que de gobernar sus Estados. Cuando este soberano subió al trono, el protestantismo dominaba en las provincias austriacas de lengua alemana, eslavona y húngara. En Carintia y Stiria lo adoptaron por unanimidad, y hubo que conceder el libre ejercicio de la confesión de Augsburgo á las ciudades de Grätz, Indenburgo, Clagenfurth y Laybach.

Su hermano Matías aprovechó la debilidad de Rodolfo para arrebatarse la Hungría, el Austria y la Moravia, y hacerse reconocer como su sucesor en Bohemia. Un príncipe que no podía conservar sus Estados, no se hallaba tampoco en situación de restaurar la fuerza del catolicismo en Alemania. Concedió á los bohemios las *cédulas de majestad*, en las cuales autorizaba á los protestantes para abrir escuelas, edificar iglesias, y elegir jefes que recibieron el nombre de *defensores de la fe*, formándose así un partido siempre dispuesto á entrar en lucha con la monarquía (11 julio 1609).

Los católicos formaron frente á la *Unión evangélica* la liga de Wurtzburgo, célebre en la historia con el nombre de liga católica. No siendo posible dar su jefatura al débil Rodolfo, se proclamó director de la misma al duque de Baviera, Maximiliano I, apellidado el Grande (11 de julio de 1609).

De los Estados escandinavos. — Dinamarca y Suecia debían declararse ardorosamente en favor de los protestantes en la guerra que iba á estallar. El reino de Dinamarca comprendía entonces la Noruega y la parte meridional de Suecia. Cristián III había impuesto por la fuerza sus ideas luteranas á los noruegos, absandor de su despotismo para separar á sus pueblos de la comunidad católica. Cristián IV, que debía tomar parte en la lucha, no poseía ejército bien

organizado. Además, le faltaba inteligencia, y esas circunstancias explican la escasa influencia que tuvieron los daneses en la guerra de Treinta años.

El período sueco fué mucho más brillante, gracias al genio de Gustavo Adolfo y al fanatismo de sus soldados. Gustavo Wasa había introducido el luteranismo en ese reino. Su hijo Juan III había querido restablecer en él la religión católica, propósito de que participó también su sucesor Segismundo III. Pero esas tentativas fracasaron, y de ahí resultó terrible reacción que hizo de los suecos partidarios fanáticos, intolerantes y crueles.

De la Polonia. — Al extinguirse los Jaguellones, Polonia se había convertido en reino electivo (1572). El trono fué ofrecido á Enrique de Valois, que lo dejó para pasar á Francia, donde reinó con el nombre de Enrique III. Esteban Bathori (1575-1586) se distinguió por los triunfos que obtuvo sobre los rusos, pero permitió que se arrebatase al poder real su independencia, consintiendo que todos sus actos fueran sometidos á la aprobación de diez y seis señores. Segismundo III reinaba en Polonia al ocurrir la muerte de Enrique IV. Al mismo tiempo había sido rey de Suecia, pero los suecos lo destronaron, para dar el poder á su tío Carlos de Sudermania, que reinó con el nombre de Carlos IX. En 1610 le fué ofrecida para su hijo Wladislao la corona de Rusia.

De Rusia. — El rey de Polonia no sacó partido alguno de ese acontecimiento. Por lo demás, en esa época Rusia carecía de importancia. Habiéndose extinguido en 1578 la dinastía de Rurik, un período de turbulencias y anarquía que duró casi cuarenta años (1578-1613) causó la desolación de ese país. Rusia no salió de él más que al operarse el advenimiento de la casa de Romanof, que produjo á Pedro el Grande, cuyas reformas fueron tan útiles para ese vasto imperio.

De los turcos otomanos. — El imperio otomano había empezado á decaer desde la muerte de Solimán el Magnífico. Bajo su sucesor Selim II realizaron, es cierto, los infieles la conquista de Chipre (1570), pero al año siguiente fué destruída su flota en Lepanto por Don

Juan de Austria (7 de octubre de 1574). Entonces los janisarios llegaron á ser omnipotentes y dispusieron á su gusto de la corona. Mahomet III, á quien aquéllos elevaron al trono, pasó su reinado en la ociosidad (1593-1603). Achmet I, contemporáneo de Enrique IV, es joven y posee bastante energía; pero fracasa al querer sostener á Hungría y Transilvania contra Austria, dejándose arrebatar además por el shah de Persia, Abbas (1614), en la parte oriental de sus Estados, Tauris y otras varias provincias.

Resumen de este capítulo. — Si se echa una ojeada sobre el estado de Europa á principios del siglo xvii, se la encuentra dividida en dos bandos: católicas son Francia, España, Italia, Austria y Polonia. Los Estados protestantes son Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Suecia y la mayor parte de las provincias de Alemania septentrional. Francia ocupaba el primer puesto entre las primeras, pues Enrique IV logró cerrar la era de las discordias intestinas, rehaciendo la prosperidad interior por lo prudente de su administración. Bastábale en ese supuesto seguir la misión que tan dignamente desempeñara dicho país en tiempos de Carlomagno y de San Luis para ponerlo, glorioso y floreciente, en primera línea entre las naciones de Europa. Pero en vez de inspirarse en esas grandes tradiciones, se prestó solamente oídos á estrecho interés de familia, y se quiso que la casa de Francia hiciese la guerra á la de Austria. Con tal fin los reyes se aliaron con los protestantes, y la monarquía francesa echó por vías enteramente nuevas para ella y opuestas á sus tradiciones. Es cierto que así llegó á ser preponderante, pero al mismo tiempo aumentó la fuerza del protestantismo, siendo favorecidas todas las malas doctrinas, secuela de la herejía. Además, al lado de la nación francesa se alzó vigorosa la Alemania del libre examen que hoy reprocha á Francia su catolicismo, amenazando perpetuamente la independencia y seguridad del mencionado país.